

Después del aborto sangré durante semanas. Una noche con tanta intensidad que me asusté. Llamé a la clínica y me dijeron que fuese a Urgencias, pero no tenía dinero. Llamé a Bill y vino a mi casa. Se pasó la noche en mi cama, mientras yo lloraba, sangraba y lloraba. Fue la única vez que nos besamos.

Lisa me habla de llanto paralelo, el llanto que acompaña al arte pero que no surge de él. No es el argumento lo que hace que se te salten las lágrimas; estas obedecen a otra fuerza. Me gusta, pues siempre he preferido las líneas paralelas a las perpendiculares. Las líneas perpendiculares son chejovianas; el arma descrita dispara. Las líneas paralelas son hitchockianas: la presencia de la bomba es suficiente.

La mayor parte del llanto es nocturno. La gente llora de cansancio. Pero qué horrible es oír decir a alguien: «¡Sólo está cansada!». Cansada, sí; pero ¿«sólo»? No hay nada de «sólo» en eso.

Recuerdo que vi llorar a mi madre un breve día de invierno, aunque no recuerdo el motivo de su tristeza. Quizá no hubiese ningún motivo, sino sólo un entorno: la ausencia en el mar de mi padre, marino mercante, o la presencia siempre

agotadora de mi hermana y yo. Recuerdo la luminosidad de la habitación, el sol que asaltaba todas las superficies.

Inmediatamente después de la masacre de la Universidad de Kent en 1970, una testigo confundió las lágrimas de los estudiantes que lloraban la muerte de sus compañeros con las causadas por el gas lacrimógeno que la Guardia Nacional había utilizado contra los manifestantes. Años después contó en una entrevista:

Seguía convencida, a saber por qué, de que sólo era gas lacrimógeno [...]. No tenía ni idea de adónde iban las ambulancias, ni de por qué había tantas, y tan ruidosas, desplazándose tan rápido, ni de por qué la gente lloraba y se abrazaba de una forma tan histérica. De modo que seguí andando [...]. Y me llevaron a casa. Shelly y Mark me llevaron a casa. Mi madre estaba en la entrada llorando, esperándome, creía que yo era uno de los estudiantes muertos. Y lloraba [...]. Ni siquiera recuerdo qué pasó después de entrar en casa de mis padres, aparte de que mi madre lloraba muchísimo. No recuerdo que yo llorase, en absoluto.⁸

La Guardia Nacional lanzó bombas de gas lacrimógeno a los estudiantes —«les echamos un poco de gas», dijeron— y estos se las lanzaron de vuelta, un acto tanto defensivo como

desafiante: *No, gracias; no las queremos*. Como revancha, los soldados dieron un paso más y apuntaron con sus fusiles M1.

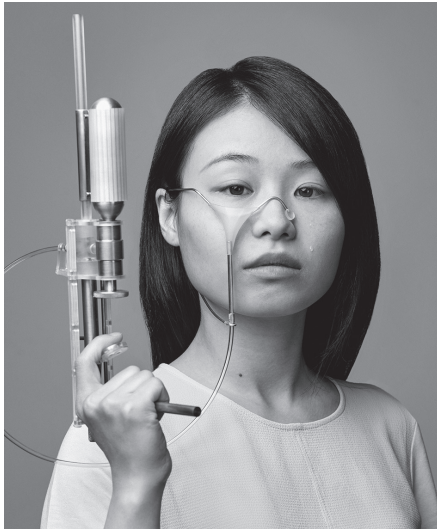
Entre los remedios que existen para aliviar los efectos del gas lacrimógeno —enjuagarse con agua fría, volver la cara en dirección al viento— la orden de *mantener la calma* suena como la más difícil de poner en práctica.

En la fotografía que acabaría simbolizando la masacre, una chica de catorce años está arrodillada junto al cadáver de un estudiante asesinado. El cuerpo de la chica forma un interrogante angustiado.



Las lágrimas son una señal de impotencia, un «arma de mujer». Ha sido una guerra muy larga.

Yi-Fei Chen, una estudiante de diseño de Holanda, literalizó la metáfora después de que un profesor exigente la hiciese llorar. Construyó una pistola de latón que recoge, congela y dispara lágrimas: diminutas balas heladas. Chen presentó el objeto en su graduación, donde aceptó la invitación de apuntar al director de su departamento.⁹



Me irrito al leer *Why Only Humans Weep*, el libro meticoloso y exhaustivo del «experto en llanto» Ad Vingerhoets, por lo que me parece una agresiva falta de compasión y de asombro, pero de pronto me intriga una súbita declaración: «Todas las lágrimas son lágrimas reales», dice, aunque algunas puedan ser «insinceras».¹⁰

Escrutamos las lágrimas de los demás para saber si son sinceras. E incluso podemos dudar de la sinceridad de las propias. En *Letters to Wendy's*, Joe Wenderoth escribe sobre el llanto estratégico de un niño en un restaurante de comida rápida:

Su madre me explicó que no era pena auténtica, sino fingida. Era un llanto concebido para conseguir algo. Y yo pensé: ¿No es mi llanto siempre fingido? Y me pregunté qué pretendía conseguir con mis secreciones diarias. No supe responder. Y sentí pena de verdad.¹¹

La poeta Chelsey Minnis (un *nom de plume*, por cierto, o quizá *de guerre*), acuñó otro término para el llanto fingido: falsillorar.

Una mujer falsillora a un hombre y es muy gracioso
Hay que falsillorar porque es beneficioso
Y tampoco puedes hacer nada más

Pues nadie escuchará tus sensatas razones
y te las rebatirán...
por lo que sólo te queda falsillorar...¹²

Las lágrimas de las mujeres blancas están sometidas a un escrutinio especial porque su uso como arma ha derivado con frecuencia en violencia contra las personas de otras razas, en particular la población negra. Las lágrimas podrían ser reales, con lo que me refiero a *físicamente presentes*, o imaginadas, *metafóricas*. Tanto si existen en el rostro como en la mente, las lágrimas de una mujer blanca pueden perturbar la gravedad física de una sala. Impulsan a los demás a socorrerla, a corregir o castigar a quienquiera que haya causado el llanto.

En cuanto a los términos propiamente dichos, parece que el *llanto* es más ruidoso y el *lloro* más abundante en lágrimas. A diferencia del lloro, el llanto no tiene un verbo propio, y comparte «llorar» con su primo hermano semántico. En inglés el lloro tiene dos verbos, *cry* y *weep*, y se advierte a los estudiantes de esta lengua que el segundo es más formal y que puede sonar arcaico en el habla cotidiana. Es algo que se percibe en el sonido de sus pasados, el regular *cried* frente al aterciopelado y exótico *wept*. Hablando de los pasados irregulares, recuerdo que una vez discutí con una maestra

que afirmaba que *dreamt*, el pasado de «soñar», era incorrecto, que lo correcto era *dreamed*. Se equivocaba, por supuesto, tanto en un sentido filológico como moral, y desde entonces he sentido una querencia especial por esas *t* de los pasados irregulares en inglés: *wept*, *slept*, *left*. Hay en su sonido una rotundidad, una serena plenitud que la *d* de los pasados regulares no puede alcanzar ni en sueños.

En su poema «Weeping», Ross Gay ubica la etimología del verbo *weep* en la raíz protoindoeuropea *wab-* a través de una progresión imaginada, y conjetura que

se refiere el sonido preciso de una flor al abrirse
y al diminuto estruendo
de una semilla al partirse en la oscuridad...¹³

Algunas mañanas me despierto con una sensación intensa que no puedo identificar como ganas de llorar, o de escribir un poema, o de follar. ¿Todo a la vez? Mi cuerpo ha clasificado el impulso en un índice de referencias cruzadas.

Llevo varios días sin llorar cuando una mañana me despierto mucho más temprano de lo habitual. Acabamos de